

SENTENCIADO

Eclosión



¿Puedes sobrevivir
sin condenar tu alma?...

J. Gragera

En otoño de 2018, un poderoso y contagioso virus artificial capaz de traer a los muertos de vuelta a la vida transformados en depredadores ávidos de sangre, fue liberado en trece de las ciudades más importantes del mundo. Ahora, la Tierra es un gigantesco campo de concentración del que no se puede escapar, custodiado por seis mil millones de cadáveres andantes cuyo único objetivo es devorar todo lo vivo y en el que la esperanza de un futuro mejor es, sencillamente, una utopía por la que muy pocos están dispuestos a pelear. Acompaña a once supervivientes en su lucha por sobrevivir en un mundo sentenciado donde ya no importa quién eras, solo lo que estás dispuesto a hacer para vivir un día más.

ECLOSIÓN

Jesús Gragera

Dedicado a mis padres y mi hermana, por inculcarme con su ejemplo el amor por los libros.

A Ramón, Vicky y Ana, no existen mejores mentores.

Y a Pilar, por su inestimable ayuda y confianza pese a odiar todo lo relacionado con cosas «de miedo».

AUORE DUMONT

El sonido del nuevo mundo

Treinta y dos días después de la Eclosión. Toledo. Bloque de pisos.

Aurore dobló una camiseta negra con dedicación y la depositó sobre un montón de ropa cuidadosamente colocada. Haciendo chasquear los dedos al ritmo de la música que sonaba en su mp3, se dio la vuelta con gracia y recogió otra prenda de un barreño para continuar con la labor. La habitación, de escaso mobiliario y perfectamente ordenada, no parecía propia de una adolescente como ella, con el pelo castaño por encima de los hombros, las puntas teñidas de rosa y los ojos verdes maquillados de negro. Tampoco la cama de matrimonio, las cortinas color salmón y el crucifijo colgado en la pared encajaban del todo con su estilo.

Cuando Aurore terminó de doblar toda la ropa, siguiendo con los labios la letra de una canción sin pronunciar un solo sonido, salió de la habitación y caminó hasta la cocina. Media docena de cubos de colores llenos de agua estaban colocados en una hilera sobre el suelo. Todo tipo de alimentos enlatados, botes de conserva, barritas energéticas, frutos secos y paquetes de arroz y pasta se apilaban sin orden aparente sobre la mesa y la encimera de aspecto antiguo. Se agachó sobre uno de los cubos y, usando un cazo, se llevó un poco de agua a los labios. Re-

pitió la operación tres veces más, de forma metódica, arrugando la nariz por el sabor a plástico del agua. Después seleccionó una lata de atún en aceite de girasol y otra de calamares en salsa americana del montón que había sobre la mesa. Se aseguró de que las fechas de caducidad estaban cercanas y depositó las latas en un pequeño hueco sobre la misma mesa. Sacó un tenedor de un cajón y lo puso al lado. Un reloj de números grandes colgado en la pared le indicó que se acercaba la hora de cenar. La luz anaranjada que se filtraba por las rendijas de la persiana y los pinchazos de hambre que sentía en el estómago se lo confirmaban. Aun así, decidió que podía esperar un poco más para llenarse la barriga y, volviendo a bailotear al ritmo del último éxito de un grupo pop que no había escuchado nunca –odiaba toda la música actual que sonaba en la radio– se dirigió al salón para hacer inventario y marcar otro día en el calendario.

Entonces ocurrió.

A través de los auriculares se escuchó un pequeño pitido, señal inequívoca de que se acababan las baterías.

–No, no, no, por favor... –sollozó meneando el aparato que colgaba de su cuello en un desesperado intento de que no se apagase. Pero tres segundos después, el mp3, insensible a sus esfuerzos, emitió otro pitido y la música dejó de escucharse súbitamente. Sin llegar al salón, Aurore, en mitad del pasillo, se dejó caer contra una pared y se deslizó penosamente hasta el suelo, sin poder contener un quedo llanto. Con mano temblorosa se quitó los auriculares y los dejó caer inertes a un lado mientras dos lágrimas arrastraban el rímel por sus mejillas.

Podía escucharlos levemente, pero de forma implacable. Los gritos guturales, los gemidos, los golpes, el irritante siseo de los pies arrastrándose por el suelo. Era el sonido de los muertos que habían tomado la ciudad, devorado a sus seres queridos, destrozado su vida y aniquilado a la especie humana. Ahora tendría que oírlos siempre

porque lo que acababa de escuchar era probablemente la última música que escucharía. Todo lo que quedaba era una amalgama de sonidos espesos y oscuros que se adherían a los oídos como un líquido viscoso. Las veinticuatro horas del día. Aurore sabía que no le quedaba un solo aparato con baterías en toda la casa. Ni en todo el edificio. Había registrado a conciencia todas las viviendas vacías en busca de alimentos y útiles como aquel. El sonido de los muertos en las calles era el sonido del nuevo mundo. El mundo muerto.

CÉSAR TORRES

No os sintáis culpables por seguir vivos

Treinta y cuatro días después de la Eclosión. Colegio a las afueras de Madrid.

–Esta mañana hemos perdido a otro compañero. Lo han cogido y hemos tenido que huir mientras aún escuchábamos sus gritos al otro lado de la puerta... Hace una semana, cuando nos encontramos, éramos dos completos desconocidos. Hoy he llorado su muerte como no he tenido tiempo de llorar la de mis padres, familiares y amigos. Creo... Creo que este es uno de los motivos por los que sigo teniendo esperanzas. Otros también han llorado porque era una buena persona. Se llamaba Enrique... El apellido ya no tiene importancia... Seguimos siendo humanos. Seguimos vivos, no solo nuestro cuerpo. Nos acostumbramos, es verdad. Vemos la muerte, la más atroz de las muertes, como una posibilidad real y cercana, el día a día. Ya no se muere en la cama de un hospital con ochenta años. Nos morimos continuamente. Y nuestras vidas son lo único que nos queda. Pero mientras sigamos sintiendo las pérdidas habrá esperanza. El futuro tiene que ser nuestro, no os sintáis culpables por seguir vivos, solo continuad luchando. Si me estáis escuchando, por favor, no os rindáis. Si tenéis posibilidad de contactar conmigo, enciendo la radio cada dos horas mientras haya luz. Estamos en un colegio cerca de la Avenida del Dr. Fleming, podemos pro-

tegeros, somos un grupo de catorce personas. Si no existe peligro para vuestra vida, venid...

César apagó el aparato de radio portátil que había conseguido en un cuartel militar y se recostó sobre la silla del profesor, observando las sillitas vacías de los alumnos donde no hacía mucho tiempo los niños aprendían a leer, a escribir y a comprender el mundo que les rodeaba. El antiguo mundo, claro.

A su lado estaba el cadáver mutilado de una profesora, le faltaba un brazo –del que solo quedaba parte del húmero despuntando como una lanza–, parte de una pantorrilla y ahora, además, tenía el cráneo fracturado y parte del cerebro escurriéndose por una grieta astillada. Pero eso había sido obra suya. Era el único muerto viviente que habían encontrado al asegurar el colegio, lo cual era de agradecer. Cuando llegaron allí, la profesora muerta estaba escribiendo fórmulas matemáticas sencillas –para niños de unos seis años– en la pizarra del aula. Llevaba tanto tiempo escribiendo que los números se confundían unos con otros y formaban un galimatías indescifrable. La tiza había terminado por desintegrarse y los últimos símbolos estaban escritos con la sangre de sus dedos. Era uno de esos muertos que se seguían comportando como humanos mientras no hubiese víctimas a las que devorar. Seguramente la pobre mujer había vuelto tambaleándose a su puesto de trabajo y había comenzado a enseñar matemáticas a una clase vacía. No era la primera vez que veía algo así. Algunos de los muertos regresaban a sus hogares, a sus empresas o a otros lugares afines y se comportaban de manera extraña, casi humana. César creía que aún conservaban algo de quienes fueron en vida, una especie de memoria residual que les empujaba a realizar rutinas que tenían caladas muy profundamente en su subconsciente. Y como acababan de descubrir, eran capaces incluso de escribir y formular. Otros muertos simplemente vagaban de un sitio a otro, pero todos tenían en común

que se volvían locos ante la presencia humana. La profesora no fue una excepción y en cuanto entraron en el aula se abalanzó sobre ellos con el clásico ansia de los muertos, gimiendo, rugiendo y estirando los brazos hacia delante, avanzando de forma espasmódica e irregular. Por suerte, como le faltaba parte de la musculatura de una pierna, no se movía especialmente rápido y César descargó su martillo contra la cabeza de la criatura, acabando con ella para siempre antes de que pudiese lanzarse sobre él. Informó a sus compañeros del suceso y luego se puso a emitir.

La radio era su mejor arma para protegerse de los pensamientos funestos que el aula vacía y la pizarra llena de fórmulas le provocaban. De hecho, era su mejor arma para mantenerse cuerdo allá donde fuera. Aunque su alcance no llegaba a los cien kilómetros en las mejores condiciones posibles, tenía una dínamo con la que se podía cargar la batería manualmente y eso era esencial.

Desde que la encontró, la había intentado conectar cada dos horas. Primero, para buscar frecuencias en las que se estuviera emitiendo algo y después, para transmitir sus propios mensajes. Le ayudaba a desahogarse y esperaba que alguien se sintiese mejor encontrando otra voz humana en el dial. Estaba seguro de que quedaban cientos de personas aisladas en casas y refugios, solas, desesperadas. Él podía ayudarlas. Creía con todas sus fuerzas, pese a lo que había visto y pese a lo que había vivido, que existía un futuro para la gente. Ni siquiera el propio César estaba seguro de por qué tenía una esperanza tan grande cuando todo indicaba que la muerte se cerniría sobre ellos tarde o temprano, pero el caso era que la tenía. Y la gente le escuchaba, muchos de los que estaban con él creían en sus palabras. Quizás porque solo necesitaban a alguien con la fuerza suficiente para pronunciarlas, una mínima esperanza a la que aferrarse. Antes de que empezara la Eclosión, a sus veintisiete años, César solo era un fracasado: un niño pijo sin oficio ni beneficio cuyo único talen-

to era llevarse chicas ambiciosas a la cama y que no consiguieran sacar ni un céntimo de la fortuna de su familia. Pero después de tanta muerte, de ver tantas atrocidades, de escuchar los gritos de su madre mientras los trabajadores de su finca se la comían viva, algo que ni sabía que existía en su interior había tomado el control de su mente. Ahora era una persona distinta.

Felipe entró en el aula en la que César había estado emitiendo. El hombretón se llevó el dedo a los labios para que guardara silencio y se sentó sobre la mesa de la profesora.

–Hemos decretado silencio –susurró–. Por si aún estabas con la radio... Hay unos cadáveres mirando a través de la verja. Aún no se han vuelto locos pero parecen sospechar que algo pasa aquí dentro.

–Gracias por avisarme –César bajó el tono. Felipe se había quedado observando el aula con la mirada perdida.

–Es tétrico, ¿no? –dijo señalando unos dibujos infantiles colgados en la pared. Estaba anocheciendo y la penumbra iba descoloriendo las acuarelas hasta volverlas grises. Lo más probable era que esas pequeñas obras de arte permaneciesen allí colgadas hasta que el paso del tiempo las destruyese.

–Nos hemos refugiado en sitios menos dolorosos –comentó–. Pero es un buen lugar para protegerse.

–Yo tenía un niño... –murmuró Felipe. César lo animó a continuar con la mirada–. Por suerte pude verlo poco antes de que esto empezara, el fin de semana me había tocado quedarme con él. Me dijo que el próximo día que nos viésemos iba a jugar un partido importante. Le hacía mucha ilusión que fuese a verle, seguro que hubieran ganado...

–Lo siento, Felipe. Quizás...

–Quizás –interrumpió Felipe–. Llamé a mi exmujer cuando comprendí lo que estaba pasando. Las líneas estaban colapsadas y no daba tono. No logré hablar con ella. Creo... Creo que es mejor que si no me lo hubiera cogido. Así al menos me queda la incertidumbre.

–Es mejor –contestó César. Le gustaba Felipe. Era mecánico antes de que todo ocurriera. Un hombre sencillo, fuerte, que veía las cosas siempre de manera optimista y apoyaba que César usara la radio para intentar localizar a otros supervivientes. «Cuanto más mejor», le decía. Algunos en el grupo estaban en contra, creían que eso les ponía en peligro. Los que llegaran nuevos podían estar infectados o atraer a demasiados muertos. Pero aún no se iba a preocupar por eso: hasta la fecha nadie se había unido a ellos gracias a sus mensajes radiofónicos.

–Hemos encontrado arroz y pasta y otras cosas podridas en el comedor. Algunos creen que podríamos encender un fuego en el pequeño patio interior que encontró Mayte y cocer agua.

–No sabemos si los cadáveres se verán atraídos por el humo, aunque hay incendios por todos lados así que supongo que no –comentó César.

–Eso he dicho yo, pero nos vendría bien que opinaras tú –terminó Felipe, dándole a entender que harían lo que él dijese.

–¿Has convocado una Asamblea? –preguntó levantándose y cargando la mochila que portaba la radio.

–No. Creí que no era necesario –dijo Felipe, ligeramente turbado, como si le hubieran cogido en un fallo–. Como se trata de comida... Dijimos en la Primera Asamblea que si se trataba de comida no habría discusión posible. Como lo que dijimos de no poner resistencia si nos infectaban... ya sabes... lo de dejarnos matar.

–Lo sé, tranquilo –le cortó César. La Primera Asamblea fue la primera vez que el grupo se reunió «oficialmente». En realidad, solo fue una reunión en la que decidieron al-

gunas normas que creyeron básicas para la supervivencia de todos. Votaron y acordaron que nunca habría discusión posible sobre aquellas directrices. Posteriormente se habían reunido más veces y añadido nuevas normas, cosas en las que no habían pensado la primera vez. Querían ser lo más justos posible sin ponerse en peligro por ello. Casi cada día desde que se «constituyeron» como grupo habían celebrado una Asamblea para decidir, proponer o discutir algo. César empezaba a creer que algunos necesitaban hacer aquello, que de alguna manera les ayudaba a seguir sintiendo que aún podían controlar algo en sus vidas. Eso era bueno.

—De todas maneras iba a proponerla yo. Quiero que discutamos la posibilidad de quedarnos un par de días aquí. Reponer fuerzas —le dijo al mecánico mientras abandonaban el aula. César creía que si se establecían unos días en un lugar seguro podía ser una buena oportunidad para que algún superviviente se uniese a ellos. Ya fuese gracias a sus mensajes o por simple suerte. El colegio era, por lógica, un sitio bastante bueno para refugiarse. Durante los primeros días tras la Eclosión, los lugares de enseñanza fueron lo primero que se abandonó porque nadie llevaba a sus hijos al colegio, así que normalmente estaban poco poblados de muertos y eran fáciles de asaltar para los vivos. Además, tal y como había ocurrido, en los comedores podían encontrarse con alimentos no perecederos.

—Estupendo César, yo también quería discutir algo —contestó Felipe acompañándole por el pasillo.

El resto de supervivientes estaba acomodándose en el gimnasio lo mejor que podían. Eran un grupo variopinto, gente con la que César nunca hubiese imaginado convivir antes de que empezase toda la locura. Llevaban muchos días tratando de alejarse de las zonas más pobladas y ca-

da manzana que avanzaban les hacía retroceder dos. Por no decir que la última semana habían perdido a cinco compañeros y por poco no se habían quedado encerrados en lugares de los que después jamás hubiesen podido salir. Felipe les había sacado del último apuro con una maniobra valiente pero estúpida. Por suerte, todo había salido bien.

César saludó a Susana y Ricardo, una pareja joven que estaban sacando unas colchonetas de una sala. Raquel, una chica alta y delgada, con el pelo moreno recogido en un moño improvisado, se acercaba a paso vivo hacia ellos. Era una de las supervivientes con las que mejor congeniaba. Tenía la misma edad que él y, pese a su aparente fragilidad, emanaba fuerza de voluntad. Antes de todo era violinista y lo único que sabía César sobre los músicos es que se necesita mucho esfuerzo, sacrificio y disciplina para llegar a lograr la excelencia con un instrumento. Raquel le gustaba por eso y por lo diferente que era a las chicas con las que él estaba acostumbrado a tratar.

–¡Tenemos comida! –le dijo en voz bajita cuando les alcanzó.

–Felipe me lo ha contado, ya era hora de que tuviésemos suerte –contestó César, sonriendo.

–También hemos encontrado algunas cosas en un botiquín. Jarabe para la tos, antipiréticos y cosas así. No es gran cosa, pero bienvenido sea.

Benjamin, al que llamaban Ben, se acercó a su pequeño grupo también. Era un tipo alto, fuerte, de unos cuarenta y cinco años, de origen inglés, aunque llevaba toda su vida en España. César desconocía cuál era su anterior profesión porque era un hombre reservado que no solía hablar demasiado.

–Hemos terminado de instalar un perímetro. Santiago y yo haremos la primera guardia. Mayte y Fran se encargan de la siguiente –informó el hombre a César con su casi inexistente acento extranjero.

–Genial. También hay que vigilar a los de la verja, por si se acumulan demasiados –le dijo.

–Ya está hecho. Se encarga Ruth –contestó el hombre.

–Buen trabajo, Ben –dijo César poniéndole una mano en el hombro.

Era importante que no hubiese demasiados muertos «curioseando» porque eso atraería a más. Si de pronto algunos empezaban a golpear la verja o a gemir excitados tendrían un problema en cuestión de minutos. Por suerte, el colegio contaba con dos salidas y, en el peor de los casos, podrían escapar saltando la verja hasta unas casas vecinas. Nunca había que establecerse en lugares que no tuvieran más de una salida. Eso lo habían aprendido por las malas.

César dejó a Felipe y a Ben y fue a ver cómo estaban el resto de supervivientes. Raquel le acompañó. Su primera parada fueron Susana y Ricardo, que seguían colocando colchonetas por el suelo. Era una de las pocas parejas que había sobrevivido junta y César sabía que, pese a tenerse el uno al otro, compartían un gran dolor: habían perdido a su niña de dos años después de llevar mucho tiempo deseándola. Susana incluso se había sometido a tratamientos de fertilidad para conseguirlo y le preocupaba que estar en un colegio les resultase especialmente duro, porque todo allí olía a niños. Habló con ellos un poco y les animó a seguir con las tareas. Era importante que todos ocupasen su mente y tuviesen cosas que hacer. También les informó de la Asamblea que quería convocar y los citó en media hora en el gimnasio. Hizo lo mismo con Pablo, que se quejó de la escasez de comida –como hacía siempre– y quiso que discutieran en privado lo de hacer un fuego para comer, por miedo a que el grupo rechazase la propuesta. Después informó a Ovidio y Santiago, que estaban haciendo inventario de los víveres que tenían. Luego fue a ver a Mayte y Elisa, que se mantenían apartadas del grupo. Cada una de ellas estaba en un aula, a oscuras,